



**Huellas en el mar
sangre en nuestro hogar
por qué tenemos que ir tan lejos
para estar acá, para estar acá.**

Plateado sobre plateado – Huellas en el mar
Charly García

1. En la mitad de la vida

Actuaba como si fuera invencible, aunque nunca me lo hubiera planteado, una creencia de origen desconocido que tenía desde pequeña y que hacía que muy pocas veces pidiera ayuda. Una característica que contrastaba con la fragilidad que a veces proyectaba. Como si las razones y las emociones, transitaran por senderos diferentes que no se cruzaban jamás. Por eso, era capaz de extraer la fuerza que necesitaba de mi cabeza, aunque por dentro me sintiera rota.

La primera vez que había sentido necesidad de pedir ayuda fue cuando se marchó Chile. Sin embargo, no lo hice porque tan sólo unos instantes después todo empezó a mejorar, como si el hecho de reconocerlo hubiera sido suficiente. Así que seguí adelante y dejé que mi cerebro tomara las riendas, aunque siguiera afectada por su pérdida y por la pasión que sentía por él.

Sin embargo, esta segunda vez fue diferente. La mala noticia era laboral y la trajo una carta desagradable el día 5 de enero de 2001. El cinco, ése número tan simbólico en mi vida y en una noche tan mágica. Sentí un pánico irracional y repentino que me impidió dormir durante una semana entera, revelándome que esta vez no debía enfrentarlo sola.

Me invadió una intensa sensación de vulnerabilidad, al ver que, entre líneas y haciendo uso de eufemismos diversos, mi jefe me estaba colocando en la puerta de salida de la compañía, confirmando así mi premonición de unos días antes y lo certera que había sido mi intuición.

Me di cuenta del apego que tenía a la estabilidad que me proporcionaba la nómina, la razón principal de aquel miedo. Sí, porque no me gustaba lo que hacía y llevaba tiempo deseando un cambio profesional. Sin embargo, me quedé paralizada al sentir que se avecinaba y que también podía afectar a mi forma de vida.

Me sentí amenazada y por eso, esta vez no dudé en pedir ayuda: médico, abogado, familia y amigos. Todos los expertos y afectos a mi alcance para recorrer con éxito la travesía: el abogado me orientaba, el médico me apoyaba, el psicólogo me escuchaba, Tanit me acompañaba emocionalmente, en pensamientos y en trámites, Javier velaba mi sueño para asegurar mi descanso, mi hermana mayor se erigió en portavoz familiar y Julen me llamaba cada noche para asesorarme. Con una red así, ¡el éxito estaba asegurado!

Lo que parecía un final se convirtió en el principio de un viaje hacia mi renovación, tan expansivo como tortuoso que me acercó a la persona que deseaba ser, recorriendo ese camino eterno en el que todavía estoy inmersa, sólo que ahora fluyendo.

Superando los obstáculos que a veces se interponen, uno tras otro. Son ellos los que me descubrieron el instinto de supervivencia y me demostraron que podemos con todo lo que nos ocurra, no porque seamos invencibles, sino porque la realidad casi nunca es tan terrible como nuestros peores miedos. Tenemos más fuerza de la que creemos y por eso, no vale la pena anticipar temores.



Me di cuenta de que cuando no hacemos caso a los sueños que nos pertenecen y los postergamos sin motivo, un día de repente irrumpen, obligándonos a ocuparnos definitivamente de ellos. Adoptan forma de crisis y entonces, ya no tiene sentido esquivarlos por más tiempo.

Y así fue como se materializó el viaje para el que estaba predestinada, el sueño panamericano.

*

El 17 de enero de 2002, a cinco horas de la segunda parte de mi vida, me sentía impaciente. Acostumbrada a tenerlo todo previsto, no conseguía acabar de organizar lo que me llevaba y lo que dejaba, tanto si volvía como si no.

Mi casa estaba a punto de ser ocupada por otra persona y mis dos mochilas ya estaban apoyadas en la puerta de salida, y los mapas, las guías... y muchísimos zapatos...

¿Dónde dejaré todo esto? – me preguntaba.

Entonces sonó el móvil:

- Maite, soy yo, estoy en Barcelona, ¿cuándo te vas? ¿Cómo quedamos? – escuché atónita.

- Era Julen, uno de mis mejores amigos que en aquella época vivía en París.

-No puedo... ya me estoy yendo –de dije, y añadí - Tengo dos horas para acabar de recoger, comer en casa de mi tía, dejar el coche a mi abuelo e irme al aeropuerto.

-¡Ah! Entonces, ¿te piensas ir sin despedirte de mí? ¿No quieres verme? Presiento que no te veré nunca más... – insistió él.

-¡Vale! – claudiqué, de inmediato.

No había tiempo que perder. Lo conocía y por su tono, sabía que no se rendiría. Yo tampoco podía dejar de verlo, apegada como estaba todavía a todo y a todos. Así que, cargué el coche, cerré la puerta de casa con fuerza y corrí a darle encuentro, invadida por una extraña sensación.

La cuenta atrás acababa de comenzar.